

Parada Olivera

De Analía Torres

Mención en el Concurso de obras teatrales inéditas COFONTE-AGADU 2013

Personaje:

Ella

“Si en promedio cada prostituta realiza cuatro trabajos con una valor aproximado de \$ 250 c/u, entonces tenemos que trabajando seis veces a la semana el ingreso bruto sería de aproximadamente \$ 24 mil por mes. Bajo el supuesto de unas 10 mil prostitutas en todo el país, entonces, la actividad económica del sector estaría generando unos 12 millones de dólares por año”.¹

Una pieza sucia. Desordenada. Sin ventanas.

¹ Guerra, Pablo; *¿Mujeres de vida fácil?*; Pág. 60; Facultad de Derecho Universidad de la República.

Preservativos. Muchos preservativos. Usados y nuevos.

Una gotera.

Flores secas. Olor a agua estancada.

Muñecos de peluche distribuidos por la habitación.

Un piano.

Un cigarrillo prendido en el cenicero.

Un portarretratos con la foto de una niña abrazando a una señora mayor al lado de un ternero.

Una mujer toca y canta *After laughter come tears* en el piano.

Tiene puesto un salto de cama de satén.

Resbala su tacón con un preservativo sobre el pedal.

Bebe un trago de un vaso de whisky apoyado sobre el piano.

Nina, Marlene, Wendy o Lola o como quieran llamarla.

Deja de tocar. Fuma una pitada y apaga el cigarro.

Bebe lentamente más whisky. Una marca roja de lápiz de labio sobre el cristal del vaso.

Saca un revólver de su portaligas. Lo apoya sobre el piano.

Mira al público.

La noche dura lo que tiene que durar.

Hoy creo que va a terminar antes. Pero por hoy, solo por hoy. Antes.

Hoy me acuesto temprano.

Hoy me cepillo los dientes.

Después todo volverá a ser igual. Como una calesita.

Igual no. Voy a disparar y voy a acostarme temprano.

Prefiero que esperes hasta el final.

Si, si. Hasta el final. Si, si, sentate, ponéte cómodo. Tenemos para rato.

Hasta el final. Terminar la botella. Si. Hoy la termino yo.

Bebe whisky.

Que rico. Fue caro el regalo ¿eh? ¿Querés un poco? Mejor no, no. Tendrías que levantarte. Mira si te cae mal en esa posición. Hoy es un día especial. Sos mi invitado especial. El único. Vas a pagar por el service completo. Hoy te toca esperar. ¿Sabes que siempre me hicieron esperar? Para vestirse, para acostarse, para limpiarse. A veces de tanto esperar en todos los lugares, me olvido de a quien espero, de quien soy. De cuál es mi nombre. Pienso en todas las posibilidades. Pienso. Pienso. Podría ser ama de casa, tener dos hijos, un perro, un jardín. Un marido porque no. También podría ser taxista, guarda de ómnibus, o decoradora de interiores. Si, decoradora. Yo tengo preparación sabes. Hice un curso una vez. Sí, yo, hace tiempo. El viejito que viene los miércoles un día me ofreció pagarme algún estudio. Invertir en estudio es invertir en el porvenir decía. Yo le dije que no quería deberle favores a nadie. Me dijo que lo hacía porque me quería. Casi me meo encima. Casi me meo entendés. Desde mi abuela nadie nunca me dijo que me quería. Bueno, vos una vez, pero no te debes de acordar. Que ternura el viejo, te juro, que ternura. Me paga los miércoles de ocho a diez para hacer cucharita porque no se le para con nada. Y mirá que me esfuerzo. Decí que me paga bien sino no aceptaba. El viejo se encariña. Dice que está solo. Yo

también estoy sola. Debe ser por eso que me quiere. El viejo me ofrece un curso y yo elijo. De una revista cualquiera. Algo simple. Cortito. De fácil inserción. Decoradora de interiores. Puedo insertarme cuando quiera. En el mercado. Ofrecer el servicio como ofrezco el mío. Con menos riesgo. Ocupar otro lugar. Podría ser cualquier cosa y olvidarme de mi nombre.

Todos me llaman diferente. Pero uno no puede olvidarse de su nombre. Nunca. Y si te llaman de otra manera, aunque te encariñes, el verdadero siempre vuelve. Es como un perro que te sigue. El nombre siempre está. Y te recuerda quien sos, quien te lo puso, de donde venís. El hogar.

La primera vez que me preguntaste el nombre te mentí. En realidad siempre te mentí. La primera vez que te ví no podía dejar de mirarte los ojos. Sé que no buscabas una pieza. Que te quedaste esperando que saliera tu amigo. Que te vi. Que me miraste por la puerta entreabierta. Que no importó el auto mal estacionado, ni los tres mil pesos de multa. Que pude oler tu perfume desde el otro lado del pasillo. Que te acercaste al piano esperando otra cosa. Y te reíste. Y me dejaste terminar la canción. Esa noche no hubo relojes, ni whisky, ni ganas de terminar. Solo tu cuerpo y el mío. Y afuera el mundo. Con eso basta. Con eso me basta. El piano se manchó de tu perfume y yo de tu sonrisa. Yo parada en la puerta del baño subiéndome la bombacha. Vos tirado en el somier fumándote el pucho. Humo de por medio. Perfumol de lavanda en todo el espacio. Me miraste vestirme. Me dijiste que me querías.

Silencio.

Es una pena ¿no? Prefiero no me preguntes. Se quien soy pero mejor así. De donde venís. Qué edad tenés. Todas las preguntas estúpidas. Siempre igual. ¿What's your name? ¿Comme votre nom? Como si la verdad sirviera para algo. La imaginación queda en el piso con la ropa. No tengo hijos. Tampoco tengo perro. Me hubiera quedado en el campo. Con el rocío y los huesos del canino. El hogar. Lejos de este basural. Hoy estoy acá. Este es mi lugar. ¿Que más hace falta? ¿Un nombre? Decime como quieras. A ver, decime. No te escucho. No te escucho cerdo inmundo no te escucho. Está bien. Lola, está bien. Cualquiera. Cualquiera menos el mío.

No sé porque les importa tanto preguntar un nombre. Preguntar. Hablar. Preguntar. Hablar. Hablar. ¿Qué me ven? Cara de terapeuta. Lo que faltaba, además de actriz, psicóloga. Lo voy a empezar a incluir en mis honorarios. Además de cobrar por coger, cobrar por la compañía. Una transacción. Algo simple. Se ofrece. Se acepta. Se compra. Listo. Que necesidad de hablar y contarme como lo haces con tu mujer, con la de enfrente. ¿Cara de que te puedo dar consejos para mejorar me ves? Estás comprando un producto nene. Como un detergente, un calzoncillo, un par de medias. No creo que al muchacho de la farmacia de enfrente le cuentes que pensás cuando coges mientras le compras condones. No creo que le importe. A mí tampoco. Da la casualidad que a mí tampoco me importa que pensás. Ni quien sos. Ni si podes mejorar o no. Seguro que vos cerdo inmundo no mejoras con nada. Es más, al muchacho de la farmacia

le daría asco imaginarte. Sos un cadáver. Oles a cadáver. Te vestís como un cadáver. Menos mal que este negocio es simple, que se cobra por hora. Se debería cobrar por segundo. Bueno, ahora es más simple que nunca. Un hombre, una mujer y una cama. ¿Qué más querés? ¿Qué más podes pedir? La felicidad en paquetito. Algo que se puede conseguir desde el sofá. DESDE EL SOFÁ ENTENDES. Marcas un número. Decís un nombre. ¿Cómo lo quiere? La carne jugosa, a punto o pasada. Listo. Delivery a domicilio en menos de dos horas. Un service completo sin costo de envío. Y te dejan elegir el packaging del paquetito. También podes venir acá. O hacer el pedido por internet. Como en un super. Desde la compu le compras la reposera a tu esposa que tanto quiere para navidad y me compras un rato de mi vida. ¿Qué lindo no? Accesibilidad universal las veinticuatro horas. ¿Qué te parece? Cuando yo empecé no era tan accesible. Éramos un montón que estábamos en la misma rasguñando por todos lados. Veníamos de la ingenuidad rural esa que no se contagia, más bien se aprovecha. Esa lentitud que te hace oler a campo. Estas marcada como una oveja. Nada era lo mismo. No existían todos los medios que hay ahora. No nos compraban como se compra una flauta. Ahora está todo tan domesticado. Industrializado. Serializado.

Otra de las cosas que antes no había era esto de las entrevistas. Somos objeto de investigaciones, ¿sabes? Somos importantes. Todavía no hay una legislación que nos ampare pero ellas se matan haciendo preguntas. Recorren desde la Rambla Coimbra hasta Bvar. Artigas. Nos buscan. Hasta parece que nos quieren. Creo que son de la Universidad o algo así. ¿Qué loco no? Como si estuviéramos en

extinción. Mire señorita que existimos desde la civilización Helénica más o menos. No, no lo estudié. Me lo dijo el muchacho. El que viene los lunes después de las clases. Profesor de sociología creo.

Silencio. Prende un cigarro.

Una vez llegó una mujer acá y me preguntó si podía hacerme una entrevista. Media hora. Total anonimato. *“Es muy importante para nosotros la información. No se preocupe. Preguntas simples”*. Contesto el cuestionario. Mi nombre es Wendy sí. ¿Que si me da satisfacción el trabajo? ¿Pero qué tipo de pregunta es esa? Ningún trabajo da satisfacción. ¿A usted le gusta el suyo? Y después dale que dale con lo de la infancia. Una matraca. Tuve una infancia feliz señorita. ¿Usted sabe lo que eso? Un campo. Una oveja. Y un poni. *“Falta de elementos. Duda importante del analista en la categoría IP”*, anotó en el cuaderno. Le pregunté qué era eso de “IP”. *“Nada importante”*, me dice. Yo quiero saber que es IP. Tengo derecho a saber que es IP. *“Es una anotación de referencia interna”*, me contesta. Le arranqué el cuaderno. La muchacha se descompensó y la tuve que echar. Me fijé obviamente que era IP: “Infancia problemática”. IMP: *“Infancia muy problemática”*. FED: *“Falta de elementos decisivos”*. Al lado de mi nombre decía: E 82; o sea, entrevistada número 82. Y ponía: *“FED, suponemos IMP, pero se niega a contestar”*. Es tan difícil entender que un poni hace feliz a cualquier niño. Después al tiempo me di cuenta que me habían grabado la entrevista. Me di cuenta porque me llamaron. Tres de la tarde. Ring. Ring. Hola ¿quién es? ¿Me puede repetir? ¿Que formo parte del porcentaje que lo hacen por *“instinto sexual*

pronunciado”? ¿Que eso no es común? Me dijo que una psicóloga podía charlar conmigo, ayudarme, que era muy simple, llamar a un número. Que si integraba no se que de las Meretrices del Uruguay. Yo me empecé a reír por supuesto. Pensé que algún retardado de estos que les doy mi teléfono porque parecen buenos, me estaba haciendo una joda. Le corté. Podes creer que al otro día estaba con un cliente y me cayeron. La que me hizo las preguntas, otra mujer de chaqueta que traía un bolsito y un hombre moreno, alto, que te soy sincera, me miró con ganas. Que decí que vino con las otras dos sino hubiera terminado en un trío. Me gustan los tríos. Son flexibles, son espacios flexibles. Igual salen muy caros. Son pocos los que lo pagan. Con ese negro lo hubiera hecho gratis.

¿De qué te reís cerdo inmundo? Si me hubiera quedado allá seguro que los únicos cerdos que conocía eran los de mi abuela. Los que engordaba en el establo. Seguro que a esta hora ya estaba acostada. Temprano. Hoy me acuesto temprano.

Se maquilla los ojos. Rímel. Mucho rímel. El Whisky es importado. Se diluye el lápiz de labio. Decenas de lápices de labios. Empaquetados. Usados. Envoltorios de plástico junto a los peluches.

Mamá siempre me hacia acostar temprano. Cuando era niña. En el hogar uno se acuesta. Duerme. La casa con tejas rojas, la Santa Rita en el costado. El perro. La abuela llamándome para que vaya a comer las galletas. Las tardes de la siesta con las notas y las migas sobre el piano. Le puso rueditas y lo trajo arrastrando

con un tractor desde el pueblo. Grande la abuela. Grande. Qué lindo fue ese cumpleaños. Desde la colina se podía ver el jacarandá del rancho de enfrente y sentir el aroma del pan recién horneado. Empacharme con la harina del molino, tirarme a dormir la siesta con los terneros guachos que esperaban impacientes la mamadera tibia. Cuantas tardes habré sido su madre y su campo. Y ellos para mí lo que nunca tuve. Dicen que algunas empiezan desde niña. Por suerte mi infancia no tuvo manchas. En ese cuadernito que me robé de la encuestadora decía que *“los hechos que ocurren en la infancia podrían explicar el recorrido...”* bla bla bla. Que la mayoría de las entrevistadas habían tenido una *“Infancia Muy Problemática”*. Ponía ejemplos. Los puedes imaginar. Son comunes. Ejemplos comunes. Los de todos los días. No tengo recuerdos problemáticos de mi infancia más que el de atorarme con el queso casero de mama mientras montaba el poni y tener que llevarme de apuro con el médico del pueblo.

Yo empecé de adolescente.

Veía a mi madre cambiarse todas las mañanas.

Dejarme sola con la abuela y salir al campo.

Su mejilla fría me despertaba con su beso de despedida.

Todo el olor vacuno impregnado en la colcha, mezclado con el perfume de la leche recién ordeñada.

Me acuerdo de sus botas mojadas y embarradas.

Me acuerdo de las mil maneras de cocinar el maíz.

De mi único par de medias húmedo y sucio.

De sus manos agrietadas.

De las nueces robadas del vecino.

De aquel juguete que mató la soledad de mis ocho años.

Un juguete que se hizo ventana que trajo al vecino con la lluvia de enero.

Y mi primera vez.

El campo me hizo mujer entre el maíz cosechado del verano.

Las hormigas dejaron sus primeras marcas en mi entrepierna mojada.

Pensé que podía ser feliz con ese intercambio.

Que podría alejar la austeridad que me tocaba.

Vender bollos los domingos en la misa dejó ser redituable.

Me decían *"la chica de la colina"*. Todos los días después de las clases esperaba el atardecer subida al arce más alto de la hectárea. Desde ahí también se podía ver el árbol de magnolia que plantó papa. El pétalo blanco que caía sobre el estiércol. Se aplastaba. Se hundía con la presión de las botas de los hombres. Y junto con el sol yo también entraba a mi pieza. Con la bosta del poni estampada en la pantorrilla y los cardos colgados de la pollera. Trancaba la puerta de la pieza, entreabría la persiana para que pudieran pasar. Y aprendí a entrar en la noche como se entra en el vapor del verano. Se me pegaba la falda de Mamá en la nalga con la transpiración que me corría por el calor de la pieza. Solo un ventilador en todo el rancho y eran para las manos que más se movían. Que por cierto la abuela en eso me ganaba. La abuela tejía al otro lado de la casa y no había santo que la distrajera. Tejió tanto durante esos tres años que me armó una colcha donde entramos los cinco terneros y yo, y un vestido blanco en croché que no vio más luz que la de los autos estacionados en la puerta.

Hoy me acuesto temprano. Hoy me acuesto temprano abuela. Hoy practico la lección.

Con el tiempo empecé a producirme. Le robaba las pinturas a Mamá. Primero los lápices de labios. Con los quince llegó el rímel y el perfume barato de freeshop que me traía el vecino que viajaba cada tanto al Chuy y no olvidaba los favores. Le empecé a hacer pedidos a la abuela. Que me tejiera sutienes, bombachas, flores, moñas, cinturones en croché. Accesorios varios que entre las ausencias y las noches ocupadas no me di cuenta que era más que eso y los años lo que nos separaba. No me di cuenta hasta mucho después cuando me tome la Sabelin. Cuando me fui de Parada Olivera. Cuando acorté los 230, 5 km que me separaban de la capital. No me di cuenta que eso no era nostalgia, ni aburrimiento, ni querer ahuyentar la viudez que tuvo desde joven. No me di cuenta y después ya fue tarde. Fue tarde para volver. Hoy me acuesto temprano abuela. Hoy me acuesto temprano aunque no te lleve los remedios. Hoy me pongo el pijama. Hoy te hago caso.

Golpean. Voces de hombres afuera.

No terminó mi turno. Podes esperar un poquito. Gracias. Estoy con gente todavía entendés. De maquillarme. Entendés que tengo que terminar de maquillarme. Es importante. Es mi trabajo. Gracias. Volvé cuando quieras. Es importante.

Silencio. Toma las flores del florero.

Lindas las flores. Pero se están pudriendo. Es una pena. Lindo el regalo sí. Esta vez te esmeraste cerdo inmundo. ¿Eran para tu mujer o para mí? Quedate tranquilo que a mí ya no me hacen falta. Seguro ella las va disfrutar más. Puedo llevárselas cuando termine. Puedo inventar una historia, una cualquiera. Como por ejemplo que te crucé en la calle, te vi desde lejos, venias con una sonrisa radiante y sucia en la cara, que no miraste bien, que vino un camión, y puff... ¡Pobre el hombre de las flores! Arrollado en el camino. Que me acerqué sorprendida. Tomé las flores y vi que tenían un nombre y una dirección. Un nombre lindo de esposa de un cerdo inmundo como vos, que me dio nostalgia y yo que sé, y que caminé hasta esa dirección, mojada, hambrienta. Toc, toc. Perdón señora la hora, es que me dio pena. ¿Su nombre es Celia verdad? Yo soy... yo soy, puede decirme Nina, puede decirme Nina. Su esposo le traía estas flores antes de quedar aplastado en el asfalto. Lo siento mucho es que llovía torrencialmente y no podía dormir pensando en usted. En estas flores que le corresponden. Y seguro tu mujer me mira, con los mismos ojos que debe mirarte cuando le estas encima. Con esas ganas de no estar, de querer escaparse, y me dice gracias. Y por dentro se remuerde de culpa pensando que esta mejor que nunca sin vos. Que porque tengo que aparecer yo con estas flores a recordarle tu nombre. Un nombre que la hundió en un temblor de vaca destinada al golpe del marrón. Y puede ponerse a llorar en una actuación formidable. Y puedo hacer que le creo y que incluso me conmueve. Y se le vienen todas las noches de furia a los ojos. Se le viene la silla vacía. El olor a mujer de la camisa. Pero sé que por dentro está tranquila. Igual que yo. Ella está tranquila. Y yo me rio y ella me mira. Y somos cómplices. Y me doy vuelta por el mismo camino. Me empapo con la lluvia. Me limpio. Me vacío. En

el fondo creo que entiende que ella existe porque yo existo. Que si no estuviéramos se caerían a pedazos los matrimonios, las instituciones, las oficinas y etcétera, etcétera.

Silencio.

Puedo inventar esta historia, o también puedo mirarte a los ojos hasta que te explote el pus del cerebro. Hasta que se te inunde la garganta de sangre y de whisky y te tragues todas las noches juntas de un trago sin hielo y sin agujas. Que seas vos el que se mee encima y me manches la alfombra que recién volvió de la tintorería.

Hoy me acuesto temprano.

Perdón. No pude practicar. Perdón mi amor no tengo buena puntería.

Toma el revólver.

¿Qué me miras así? ¿Qué me miras? Si, si, si, esta mujer que te mira está mal. Un poco perdida. ¿Te molesta? No pude practicar. ¿Te molesta? Qué pena. Mal de todos los días no tener ojos para mirar. Y me disparo todas las noches la sien, mira que intento. Me la disparo. Cientos de veces. Y esta cabeza no explota, no revienta. No puedo dormir. No puedo vaciarme. Las caras de todos ustedes, las manos de todos ustedes. El sonido de la gotera. El olor después que se van. Tener que limpiar. La cuenta de lisoform y agua jane en el almacén la pago a fin de mes. Te pido que me dejes pagarla a fin de mes. Gracias. Ahora huele bien.

Se sienta en el banco del piano. Mira hacia la puerta.

Siento tu perfume. Toca la puerta. Entrá. Vení, pasa. Más perfume que se queda pegado. Vení. Pasa.

Que linda estas hoy nena. Te quiero Marlene. Tus piernas. Son suaves.

Hoy no sé quién soy.

A quien le importa. A mí no. Son suaves. ¿Tu hijo? ¿Quieres tener un hijo? Qué lindo.

Si, le quiero poner Luca. Igual que vos. La pileta gotea y el perfume se espase. El caño de desagüe del baño está roto, mejor nos quedamos acá.

Te traje un regalo.

Gracias, no tomo cuando trabajo. Desde hace un tiempo no tomo cuando trabajo.

No tomo nunca. No puedo tomar. Vení. Pasa para acá. La alfombra me lastima.

Te quiero. Quedate quieta. Que me dijiste del nombre.

Luca. Le quiero poner Luca.

¿Te estás cuidando?

Me cuido sí. Me cuido.

Buscale un padre. Después alguien que lo cuide.

Ya tiene un padre. Ya tiene un nombre.

Silencio. Cae al piso.

Mejor quedate acá. Quietita. Quedate quietita que se te pasa. ¿A ver si te gusta esto nena?

Cerdo, puto, cochino. No me toques. El baño está roto. El desagüe. El desagüe. El CAÑO DEL BAÑO ESTÁ ROTO. Corté la llave. No hay agua. Alcanzame el teléfono. Alcanzame. Por favor.

Silencio.

Busqué las vendas y los leuco. Suero en las estaciones no venden. Ya no me acuerdo. No me acuerdo como hice para levantarme después de ese día. Ese domingo. Los domingos en el campo dormíamos la siesta. Le hubiera puesto Luca. Hubiera sido tuyo también. No sé como seguí. Creo que dormí tres días seguidos. Los leucos no los conseguí. Los moretones no salieron con maquillaje. Una enfermera de acá al lado vino a verme. Tuvo que limpiarme toda acá en la pieza. No podía salir. No quería. No pude trabajar en toda la semana. Pero tuve que seguir. Le pedí a la enfermera si me hacia un favor. Uno solo. Si podía comprarme un portarretrato. A la media hora volvió. Desde ese día lo tengo arriba del piano. Cada vez que dudo miro a la abuela. Cuando cojo miro a la abuela. Cuando cago, cuando me lavo los dientes, cuando cocino, sobre todo cuando lloro y cuando me rio miro a la abuela. Tuve que seguir porque sé que soy imprescindible. Porque para mí es imprescindible. En este mundo nuestra carne les llena los huecos a todos. Estamos para matar un poco la soledad de todos. Para que nos sigan comprando. Para que vuelvan impunes a sus camas. Soy una ternera. Me gusta la leche tibia. Soy una ternera y me gusta revolcarme. Soy una

magnolia. Soy un pétalo de magnolia en el estiércol. Me gusta ser esto que soy.
Esto.

Mira hacia el público.

Hoy me acuesto temprano.

Hoy me cepillo los dientes.

Hoy llamé a la chica de la Universidad.

Es tarde. Sé que es tarde. No me va a atender.

Es tarde para una mujer atada al tiempo que dura una cama.

Atada al tiempo de ver a un hombre acabar en la noche.

Es el privilegio de ser lo que soy.

Y tener que callarme.

Entender que el silencio es un cuchillo.

Nunca hubo un lugar para mí en esta pieza, en este mundo roto, putrefacto.

Solos cerdos, putos, cochinos en un establo lleno de estiércol. Y me hundo como el pétalo de magnolia en el estiércol. Cientos de cuerpos sucios envueltos en estas sábanas chinas. Todo puede comprarse por decena, por centena, baratijas, ceniceros, pastillas, pañuelos mojados, polvos cortados o aplastados. Los ponis no. Los ponis no se pueden comprar por decena. Menos eso todo se compra. Todo está a la venta. Somos las mujeres más caras de la industria. El consumo lo pegamos en la puerta. Igual para nosotras es más caro. Cuesta caro no tener donde mirarse al otro día. Pensé que yo no era un producto. Que no me estabas comprando. Que podía ser diferente.

Toma whisky.

¿Tenés sed?

Solo tengo agua estancada.

Agua de mi vientre.

¿Quién es la reina ahora? ¿Quién es la princesa?

¿Quién es la madre de todas las putas, de todas las santas?

¿Para qué quiero tu nombre, tu semen o tu sangre?

Las manos sudadas. Bebe el último trago de whisky de la botella. Mira al público.

El mismo día que me dijiste que me querías me preguntaste: “¿por qué lo hacés?”

No tenías tiempo para que te contara la historia.

Ahora ya la sabes. Ya no tengo más nada para darte.

Ya no tienen precio mis piernas.

Ni mis manos.

Ni mis ojos.

Primer disparo.

Vivir sin más la vida.

Estar acá.

Respirar.

Esperar que nos deformen.

Que se desplome la noche.

Que se termine,

por fin,

que se termine.

Segundo disparo.

Tener que despedirme

de mi propio cuerpo.

Tener que ir entregada

sin nombre

sin historia

a tender la cama

y volver a empezar.

Tercer disparo. Silencio. Olor a pólvora.

Descarga el revólver. Prende otro cigarro. Se sienta al piano y comienza a tocar y a cantar *After laughter come tears*. Una mancha roja de sangre empieza a correr por el piso. Le mancha los tacones. Le ensucia la alfombra recién lavada en la tintorería.